

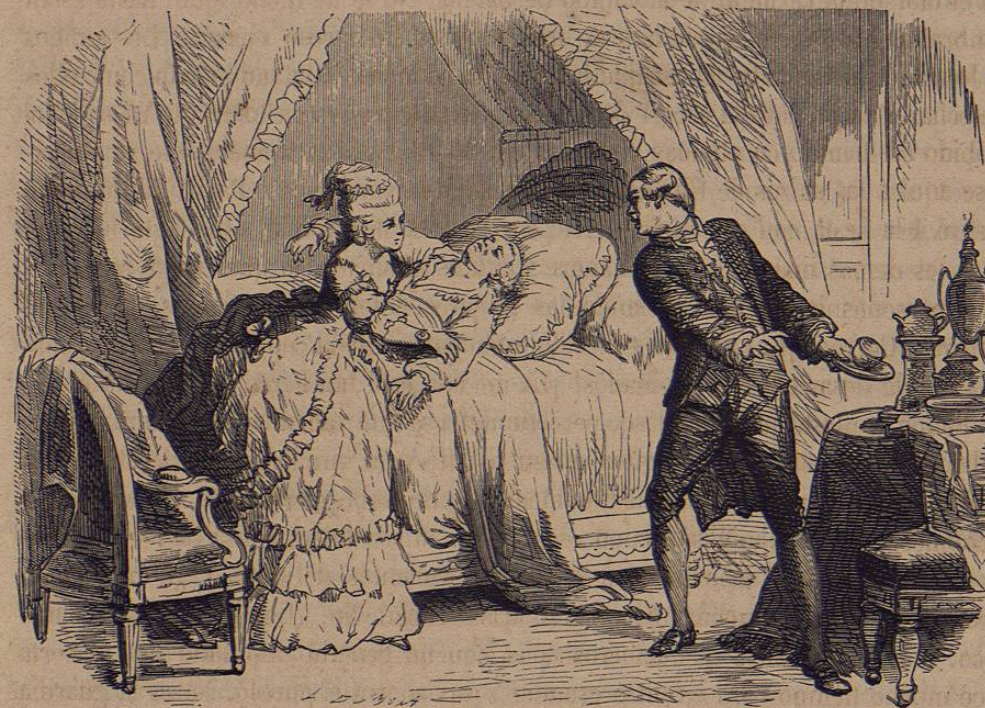
sas y vacías de sentido; en vano tratais de ocultar bajo la apariencia de una fiesta celebrada en obsequio de la libertad esa fiesta que vais á dar en honor de unos miserables asesinos. Estos subterfugios son ya conocidos de todo el mundo. La cosa urge: ya no engañareis ni á las secciones, ni al ejército, ni á los ochenta y tres departamentos. Los que os conducen como á un niño, tienen la intencion de entregar Paris á diez mil picas, á las que debe abríseles la barra de la Asamblea el mismo día en que la guardia nacional sea desarmada. Los hombres á quienes han de entregarse aquellas picas van llegando á Paris todos los días, y cada veinticuatro horas entran en la ciudad de mil á mil quinientos de estos bandidos. Interin llega la hora del saqueo, andan pidiendo limosna, y son como los cuervos, á quienes el olor de la carne atrae al campo de batalla. No lo he dicho todo: hasta están nombrados los generales que han de mandar este horroroso ejército. Los amigos de Jourdan, impacientes al ver que la amnistía no le libertaba tan pronto como ellos apetecian, han forzado la cárcel de Aviñon y le han puesto en libertad. Ya se le ha recibido en triunfo en algunas ciudades del Mediodía, á la manera que va á recibirse aquí á los suizos de Chateaufieux. Mañana mismo llega á Paris. El domingo asistirá á la fiesta con sus compañeros, con los dos Mainvielle, con Pegtavin y con todos los demas malvados que á sangre fria han asesinado en una noche sesenta y ocho personas indefensas, violando las mujeres ántes de degollarlas. ¡Catilina! ¡Cetego! ¡Corred! ¡Los soldados de Sila están dentro de la ciudad, y el mismo cónsul trata de desarmar á los romanos! ¡La medida está tan llena, que se vierte!»

Petion contestó justificándose, pero su defensa fué tan miserable, que bajo la multitud de excusas que aglomera en su escrito para vindicarse se descubren su debilidad y connivencia. En estos momentos sube Robespierre á la tribuna de los Jacobinos y exclama: «Vosotros no remontais á la verdadera causa de los obstáculos que se suscitan á la expansion de los sentimientos del pueblo. ¿Contra quién creéis que habeis de luchar? ¿Contra la aristocracia? No. ¿Contra la corte? Tampoco. Con quien teneis que habéros las es con un general destinado por la corte hace mucho tiempo para ejecutar grandes cosas contra el pueblo. No es la guardia nacional la que ve con inquietud los preparativos que estais haciendo, sino el genio de Lafayette que conspira en el estado mayor, en el directorio de Paris y en toda la capital; éste es el que extravía á una multitud de buenos ciudadanos, que á no ser por él, estarían seguramente con nosotros. Lafayette es el más peligroso entre todos los enemigos que tiene la libertad, porque se cubre con la máscara del patriotismo; él es quien, despues de haber hecho todo el mal que le ha sido posible en la Asamblea constituyente, ha fingido que se retiraba á sus tierras; pero al poco tiempo ha vuelto á Paris á intrigar, con motivo de estar vacante el destino de corregidor; mas no creais que haya venido á intrigar por obtenerle, no: ha venido por renunciarle; con lo cual ha hecho creer á los tontos en su desinterés. El es el que llegó á obtener el mando de los ejércitos franceses, para que los volviese contra la revolucion en cuanto se presentó coyuntura de poder hacerlo. Los guardias nacionales de Metz estaban tan inocentes como los de Paris; ellos no pudieron ménos de ser patriotas. Lafayette fué quien los engañó sirviéndose para ello de Bouillé, cómplice y pariente suyo. Pero ¿podrémos escribir en las banderas de aquella fiesta sólo Bouillé es el culpable? ¿Quién es el que quiso sofocar el atentado de Nancy y cubrirle con un velo impenetrable? ¿Quién el que pide coronas para los asesinos

de los soldados de Chateaufieux? Lafayette. ¿Quién me impide á mí hablar? Lafayette. ¿Quiénes son los que me dirigen unas miradas centelleantes y amenazadoras? Lafayette y sus cómplices.» (*Aplausos generales*).

## VIII

Los preparativos de aquella fiesta dieron lugar á otra escena más interesante y tierna en la Asamblea constituyente. Al abrirse la sesion, se pidió que los cuarenta soldados de Chateaufieux fuesen admitidos en el salon de las sesiones. Mr. de Jaucourt se opuso á ello. «Si estos soldados—dijo—no se presentan aquí sino para



Muerte del emperador Leopoldo.—Pág. 304.

manifestar su reconocimiento, consiento en que sean introducidos á la barra; pero pido que despues que se les haya oido, no se les permita permanecer aquí durante la sesion. (*Un murmullo general y los gritos de «¡abajo!» que salian de las tribunas interrumpen al orador*). Una amnistía—prosiguió—no es un triunfo ni una corona cívica. Vosotros no podeis deshonrar los manes de Desilles ni los de aquellos generosos ciudadanos que han muerto á manos de esos mismos soldados, peleando en defensa de las leyes. Vosotros no debeis hacer que se parta de dolor el corazon de los hombres que han tomado parte en aquel acontecimiento, de los cuales hay alguno entre vosotros, y no podeis ménos de confesar que conceder el triunfo que se solicita equivale á insultarlos, sin que os hayan dado otro motivo para ello que el haber cumplido con su deber. Permitid á un militar que fué á aquella expedicion con su regimiento que os haga presente el efecto que produciria vuestra decision en el ejército. (*Nuevos murmullos*). Este no verá en vuestra conducta sino una proteccion directa concedida gratuitamente á la insubordinacion. Los honores que tratais de dar á estos soldados darán á entender que no los mirais



como unos amnistiados que han sido ya castigados suficientemente, sino como á unas víctimas inocentes.» El tumulto que produce este discurso en la Asamblea obliga al orador á bajar de la tribuna.

Otro de los miembros de la Asamblea, en cuyo rostro se descubre la más dolorosa emoción, le reemplaza inmediatamente. Este es Mr. de Gouvion, jóven oficial de alguna celebridad, y del que ya hemos hablado en las primeras páginas de esta historia. Al verle vestido de riguroso luto y al reparar en la profunda tristeza de que su rostro estaba cubierto, todo el mundo toma interés por él, y al tumultuoso alboroto que reina entónces en la sala sucede el más profundo silencio. Su voz trémula indica el dolor que le agobia, y expresa al mismo tiempo la indignación de que aquel dolor va acompañado.

«Señores,—dice,—yo tenía un hermano buen patriota, el cual, por la estima que le tenían sus conciudadanos, fué sucesivamente comandante de la guardia nacional y miembro del Consejo departamental. Siempre dispuesto á sacrificarse por la revolucion y por la ley, vióse requerido en nombre de ambas á marchar á Nancy con los valientes guardias nacionales, y marchó gustoso á cumplir con lo que exigía de él el deber. En la refriega que allí se armó cayó atravesado de cinco bayonetazos, dados por esos mismos hombres que... no quiero nombrar con el título que se merecen. Ahora pregunto: ¿estoy condenado á ver con serenidad que se presenten aquí los asesinos de mi pobre hermano?» «¡Pues bien, salios!»—grita una voz implacable. Las tribunas aplauden este grito, más frío y más cruel que el puñal del asesino. «¡Abajo! ¡abajo!»—empiezan á gritar desde todas ellas. La indignación sostiene á Mr. de Gouvion contra el desprecio que le infunden estas voces. «¿Quién es—exclama—el cobarde que se esconde aquí para insultar el dolor de un hermano?» «Aquí nadie se esconde,—dice un diputado levantándose.—Yo soy el que he dicho que salgais fuera si no quereis permanecer aquí.» Este diputado se llamaba Choudieu. Las tribunas aplauden frenéticamente á aquel hombre desnaturalizado, y no parece sino que entre toda aquella multitud no hay uno solo que tenga corazón, y que todos han prescindido de los sentimientos más sagrados de la naturaleza. Sin embargo, Mr. de Gouvion estaba sostenido por otro sentimiento más fuerte que el furor de un pueblo. Este sentimiento era el de la desesperación. La fuerza que ésta le da le hace proseguir su discurso. «He aplaudido como hombre la clemencia de la Asamblea nacional al romper las cadenas de esos infelices soldados, á los que quizá se les haya extraviado. (*Nuevos murmullos*). Ni los decretos de la Asamblea, ni las órdenes del rey, ni la voz de sus jefes, ni los gritos de la patria, han tenido poder sobre ellos. Sin provocación por parte de los guardias nacionales de los dos departamentos, han hecho fuego sobre los franceses. Mi pobre hermano ha caído víctima voluntaria de su obediencia á vuestras órdenes. No, jamás seré yo quien vea marchitar impávido la memoria de aquellos beneméritos guardias nacionales con los honores que habeis concedido á los que los sacrificaron villanamente.» Couthon, jóven jacobino que estaba sentado ordinariamente cerca de Robespierre en el club y que no apartaba sus ojos de los de aquel hombre como si quisiese beber en ellos sus estoicas inspiraciones, se levantó para contestar á Gouvion, pero lo hizo sin insultarle. «¿Quién es—dijo—el que, esclavo de las preocupaciones, se atreverá á deshonrar á unos hombres que la ley ha declarado inocentes? ¿Quién el que no haga callar su dolor personal ante los intereses y el triunfo

de la libertad?» Sin embargo, la voz de Gouvion había herido la fibra de la justicia oculta en el fondo de los corazones y había excitado en ellos aquella emoción natural que les hace palpar aún bajo la insensibilidad de las opiniones. Dos veces intima el presidente á la Asamblea que es preciso pasar á la votación para ver si debe concederse á aquellos soldados el honor de asistir á la sesión, y dos veces son tantos los votos en pro como en contra de la proposición. Los secretarios, únicos jueces en estas materias, titubean, hasta que al fin, después de dos escrutinios, publican que la mayoría está por que se admita á los suizos. La minoría protesta, y la votación queda nula. Entónces se pide que la votación sea nominal. En ésta queda decidido que se les admita por una mayoría insignificante. Inmediatamente entran en la Asamblea, en medio de los estrepitosos aplausos de las tribunas. El desdichado Gouvion se sale por otra puerta en cuanto los ve dentro de la sala, con el rostro cubierto de vergüenza y con la imaginación llena de ideas de muerte. Jura que jamás volverá á entrar en una Asamblea en que se fuerza á uno de sus miembros á ver y á felicitar á los asesinos de un hermano suyo, é inmediatamente se dirige al ministerio de la Guerra á pedir que se le destine al ejército del Norte, adonde va sin otro designio que el de buscar la muerte. ¡Sus deseos se cumplen al cabo de poco tiempo!

Los soldados entran en el salón, y Collot-d'Herbois los presenta á la admiración de las tribunas. Los guardias nacionales de Versalles que han venido acompañándolos hasta la Asamblea, desfilan por la sala á tambor batiente y en medio de tumultuosos gritos de ¡Viva la nación! Varios grupos de ciudadanos y de mujeres, ellas con banderas tricolor y ellos con picas, les siguen; después, los miembros de las sociedades populares de París presentan al presidente las banderas de honor dadas á los suizos por los departamentos que aquellos *triunfadores* acaban de atravesar. Los hombres del 14 de Julio, por conducto de Gonchon, célebre agitador del arrabal de San Antonio, anuncian que este arrabal ha mandado fabricar diez mil picas para defender la libertad y la patria. Esta ovación legal ofrecida por los girondinos y los jacobinos á unos soldados indisciplinados, autorizaba al pueblo de París á ofrecerles el triunfo del escándalo.

París no era ya un pueblo entusiasta por la libertad, sino un gran foco de anarquía y de desorden; la jornada del 15 de Abril reunía en sí los símbolos de ambas cosas. La sublevación armada ofrecida como un ejemplo digno de imitación; unos soldados insubordinados obteniendo los honores del triunfo; una galera colosal, instrumento del suplicio y de la vergüenza de los *triunfadores*, coronada de flores, ofrecida como emblema; unas mujeres perdidas y unas jóvenes reclutadas entre las más miserables prostitutas llevando en sus manos y besando á cada paso los restos de las cadenas de aquellos galeotes; cuarenta trofeos en que estaban escritos los nombres de éstos, coronados con otras tantas coronas cívicas por haber asesinado á unos ciudadanos honrados; los bustos de Voltaire, de Rousseau, de Franklin, de Sidney y de los más virtuosos patriotas, así como los de los más esclarecidos filósofos, confundidos con los bustos soeces é innobles de aquellos sediciosos, y profanados sólo por este impuro contacto; aquellos mismos soldados, atónitos y quizás avergonzados de su gloria, marchando en medio de un grupo de guardias franceses amotinados, nueva glorificación del abandono de las banderas y de la indisciplina militar; la marcha cerrada por un carro triunfal imitando la proa de



una galera, y sobre aquel carro la estatua de la libertad, armada ya de antemano con la maza de Setiembre y coronada con el gorro encarnado, símbolo tomado de la Frigia para unos y de los presidios para los otros; el libro de la Constitución abierto y llevado en procesion en esta fiesta, como para escarnecerle haciéndole asistir á presenciar los obsequios que se tributaban á los que se habian armado contra la ley; las grandes bandas de ciudadanos y ciudadanas, las picas de los arrabales, la ausencia de las bayonetas cívicas, las vociferaciones continuas y siempre amenazadoras, las músicas de los teatros, los himnos demagógicos, las ridículas estaciones ante la Bastilla, en la casa de la ciudad y en el Campo de Marte delante del altar de la patria; los inmensos y desordenados círculos en que agarrados de las manos bailaban multitud de hombres y mujeres, dando vueltas alrededor de la galera triunfal al compas de la *Carmañola*, canción cínica y detestable; los abrazos más bien obscenos que patrióticos entre hombres y mujeres, que se precipitaban como unos frenéticos los unos sobre los otros en el acto de abrazarse; y para colmo de envilecimiento, Petion y todos los magistrados de Paris asistiendo en corporacion á esta fiesta y autorizando y sancionando con su presencia aquel insulto hecho á las leyes por su debilidad ó complicidad en él. ¡Tal fué aquella fiesta denigrante, copia de la del 14 de Julio y parodia vergonzosa de una insurreccion que habia preludiado una revolucion! Francia se avergonzó al ver esto, los buenos ciudadanos se consternaron, la guardia nacional empezó á temer las picas, la ciudad cobró miedo á los arrabales, y el ejército recibió allí la orden de desorganizarse completamente.

La indignacion de los constitucionales estalló en un himno irónico compuesto por Andres Chenier, en el que el jóven poeta vengaba las leyes y proscribia su cabeza, designándola desde aquel dia al hacha del verdugo. Una de las estrofas decia así:

«¡Salve, triunfo divino! ¡Entra en nuestras murallas! ¡Vuélvenos esos soldados convertidos en héroes por haber derramado la sangre de Desilles, y por haber asesinado á nuestros mejores ciudadanos!»

## LIBRO ONCE.

El triunfo de la indisciplina y del asesinato halla eco fuera de Paris. — Impotencia del gobierno. — Rigor del invierno. — Carestia de granos. — Hácese responsable al gobierno de todas estas calamidades. — La acusacion de monopolio equivale á una sentencia de muerte. — Asesinato de Simoneau, alcalde de Etampes. — El duque de Orleans trata de introducirse con el rey. — Su retrato. — Sus desgracias. — Sus viajes. — Madama de Genlis se encarga de la educacion de los hijos de este príncipe. — Partido orleanista. — Fracasa la reconciliacion intentada entre el duque de Orleans y el rey. — El duque de Orleans se pasa á los jacobinos. — Aprestos hostiles del emperador. — Francia se decide por la guerra.

### I

Los triunfos de la indisciplina y del asesinato hallaron eco en todas partes, manifestándose sus consecuencias en la insubordinacion de la tropa, en la desobediencia de los guardias nacionales y en las sublevaciones de los pueblos. Miétras en Paris se daban fiestas á los suizos de Chateaufieux, el populacho de Marsella exigia con violencia la expulsion del regimiento suizo de Ernst, que estaba de guarnicion en Aix, so pretexto de que aquella tropa favorecia á la aristocracia y amenazaba la seguridad de la Provenza. En vista de la negativa de este regimiento cuando se le intimó que saliese de la ciudad, los marseleses marcharon sobre Aix, así como los parisienses habian marchado sobre Versalles en las jornadas de Octubre. En su violencia arrastraron en pos de sí á los nacionales, que eran los que debian haberla contenido; rodearon entónces á los suizos, les hicieron deponer las armas y los arrojaron vergonzosamente llevándoselos por delante. La guardia nacional, fuerza esencialmente revolucionaria, porque como pueblo participa de las opiniones, de los sentimientos y de las pasiones que está llamada á contener como guardia cívica, seguia por todas partes, bien fuese por debilidad ó por cualquiera otra causa, las inconstantes impresiones de la multitud. Esto no podia ménos de suceder así, porque ¿cómo unos hombres que en los clubs acababan de aprobar, de aplaudir y áun quizá de incitar á la sedicion, habian de cambiar de corazon y de papel al salir de ellos, tomando las armas contra los sediciosos? Así es que cuando no eran cómplices, al ménos permanecian mudos espectadores de las insurrecciones. La escasez de géneros coloniales, la carestía de los granos y los rigores de un invierno cruel, todo contribuia á agitar al pueblo cada dia más; los agitadores se servian de todas estas calamidades de la época para convertirlas en otros tantos objetos de acusacion y de rencor contra la dignidad real.

Al gobierno, impotente y desarmado, se le habia hecho responsable de las severidades de la naturaleza. Unos emisarios ocultos y unas bandas de hombres armados recorrian las ciudades y los pueblos en donde se celebraban mercados, esparciendo en ellos rumores alarmantes é incitando al pueblo á que pusiese precio al trigo y á la harina, y designando á los que comerciaban en granos con el nom-